

Kulture

Archives

SEÑAS DE IDENTIDAD ANTE EL DESAFIO DE UNA "CULTURA CIUDADANA"

1. En Chile, como en el mundo entero, se viven complejos tiempos de transformación y trastocación de valores, de refundación de identidades y de reflexión de tradiciones, simultáneamente con la reafirmación de tendencias históricas, sustantivas y formales, que han caracterizado a nuestra sociedad desde larga data. Es un lugar común, a esta altura de nuestro tiempo, señalar que asistimos a un cambio civilizatorio.

La potencia y fuerza de la modernización chilena ha sido asociada a una dura y excluyente experiencia autoritaria. Por lo mismo, durante largos momentos, ha aparecido más funcional a los nuevos procesos de dominación y enajenación cultural que a dinamismos autónomos, socialmente creadores.

La transición democrática ha intentado, en todo caso, rescatar otras dimensiones de la modernización. La principal ha sido el desarrollo de un espíritu de tolerancia y de una institucionalidad, que sirva de base para la reconciliación del país y para su reconstrucción como un espacio común de todos los chilenos.

La impronta política del "consenso", que ha marcado este esfuerzo **absolutamente indispensable para enfrentar la etapa post-dictadura**, ha contribuido, sin embargo, a reforzar las tendencias culturales a la "pragmatización" de ideas y valores que han empujado los procesos de modernización instrumental.

Contribuye a esta tendencia cultural la extensión de un vago aire post-moderno. Este enfatiza la pérdida de sentido y de dimensión proyectual de la acción social y destaca una supuesta carencia de sustantividad de los actores colectivos. En particular, de los actores que se desarrollan en el mundo de la subordinación, los que aparecen diluyendo su significación. Dicho clima, interpretado desde una perspectiva conservadora, ha ayudado a vincular la idea de consenso con la demonización de cualquier conflicto. El desconocimiento de que éstos son una dimensión ineludible de la vida social, implica no potenciar las valencias positivas que representan en la constitución de una sociedad abierta y dinámica.

Evidentemente, la intensidad e importancia de las grandes transformaciones mundiales, marcadas por la debacle de las experiencias del "socialismo real" y la fuerza utópica con que se ha proyectado el neoliberalismo, han sido decisivas en esta desdramatización del tema de los "fines" sociales.

Las respuestas a esta suerte de desertificación valórica han sido variadas y complejas. Caricaturescamente podrían ser polarizadas entre un replanteamiento neo-fundamentalista, vinculado al pensamiento católico y a los actores políticos más

activos del período dictatorial, y la decepción utópica y normativa, vinculada al pensamiento marxista y a la militancia de izquierda. Este último fenómeno, que no tiene mayor relación con lo que propagandísticamente se ha denominado como el "relativismo" moral, se refiere antes que nada a un vaciamiento de las propuestas societales de los propios valores.

El desafío cultural del futuro se ubica precisamente en esta encrucijada: la que se genera en la tensión entre nuevos fundamentalismos y la desertificación utópica y valórica. En el seno de dicha tensión me parece urgente afirmar la necesidad de una nueva búsqueda: la que involucra el reconocimiento recíproco de la tolerancia, asociada, una vez más, con la inexorable urgencia de producir transformaciones en un orden social que sigue siendo, cada día, más injusto.

Dado que este proceso cultural de reconocimiento del otro como sujeto, simultáneamente diferente y asociable, tiene que ser una elaboración colectiva en la que participen múltiples identidades, me parece oportuno hacer un acercamiento al mismo desde una perspectiva identitaria vinculada a elementos de una tradición cultural socialista. Tradición que, en el caso de Chile, fue duramente aplastada y estigmatizada durante el período dictatorial y que posteriormente apareció vinculada a modelos sociales en crisis. Ninguna de estas fuertes circunstancias ponen en cuestión, a mi juicio, valores humanos y éticos que han estado en el centro de esta tradición y que subsisten en importantes sectores sociales, en muchos de los cuales son un impulso a los mismos procesos de renovación que están experimentando.

2. En todos los órdenes sociales y políticos de la historia ha existido un imaginario popular y libertario. Este identifica a sectores marginados del ejercicio y los beneficios del poder social, económico, político y cultural, representando **la deseabilidad de una vida mejor.**

Inicialmente este imaginario se constituye a partir de la negación de situaciones de injusticia e iniquidad. Su configuración es la de un rechazo y una protesta frente al privilegio. Ello es el fundamento de una utopía negativa: la que niega bondad a la vida presente.

Con la evolución histórica estas utopías negativas tienden, en muchas oportunidades, a transformarse en sueños de una vida mejor, en deseos de cambio. Estos deseos -con mayor o menor desarrollo- pasan a ser el componente básico de las utopías positivas o imaginarios de la **vida buena o vida mejor.** Así, esta deseabilidad se manifiesta como una articulación -más o menos definida- de sueños, valores, ideales, proyectos y programas de acción pública, de origen profano o sagrado, cuya clave de articulación es la lucha contra el privilegio. Ella se manifiesta

también, en la dimensión intelectual, contra las formas de pensamiento, espontáneo o elaborado, que buscan convertir a los privilegios en fenómenos naturales.

Esta articulación se constituye a partir de necesidades y experiencias actuales y se proyecta en el futuro como una oferta y promesa de superación de las carencias que expresan dichas necesidades. No obstante la actualidad de las necesidades que se hacen presente, ellas son leídas e interpretadas con claves en que **la tradición** y la **imagen del futuro** -a veces muy tensionadas entre ellas- juegan un papel decisivo.

Desde el advenimiento del mundo moderno, este imaginario que busca la transformación del presente y la mejoría del futuro ha sido convencionalmente identificado con la izquierda. Frente a ella se ha ubicado a quienes propugnan la mantención de los valores y prácticas tradicionales y a quienes representan la defensa y deseabilidad de las realidades existentes. Estos últimos han sido tradicionalmente asimilados a las fuerzas conservadoras o de derecha.

Desde un punto de vista histórico, en los dos últimos siglos, las orientaciones culturales de izquierda han sido las corrientes que, primero desde una posición liberal, después socialista o anarquista y, finalmente marxista y/o leninista, han intentado transformar las orientaciones del presente, mientras que la orientaciones culturales de derecha han sido las corrientes que han buscado **conservar** y profundizar (generalmente a partir de una idea de orden natural) las realidades existentes.

Fue precisamente la idea de que el orden social era un **producto histórico-cultural** -un orden que no formaba parte de una situación natural de las personas y las cosas- la que permitió el cuestionamiento de las jerarquías y estructuraciones que reproducían y consolidaban la desigualdad y marginación de porciones significativas de los seres humanos. Ciertamente algunos de los elementos que estaban en juego en la estructuración de las jerarquías eran el ejercicio y reproducción del poder y el goce de los bienes simbólicos y materiales.

Ante esta jerarquización, sucesivamente, tanto el cristianismo primero como el ideario liberal, y el socialista después, el anarquismo, el marxismo, el leninismo y las diferentes formulaciones libertarias, constituyeron proyectos y modelos que ocuparon espacios significativos del imaginario de los sectores sociales que actuaban contra la consolidación del privilegio. En muchas oportunidades, este deseo de transformación asumió el carácter de una propuesta revolucionaria que buscó cambiar radicalmente el orden social existente para institucionalizar uno nuevo.

3. En los últimos veinte años se ha producido una inversión radical del significado cultural de estas orientaciones.

La crisis y debacle de las experiencias y prácticas socialistas llevadas a cabo mediante procesos revolucionarios, cristalizados en formas estatales, junto a la perplejidad de las organizaciones políticas que fueron incapaces de responder a las promesas de igualdad y bienestar que las sustentaban, ha mostrado la incapacidad de esta práctica para seguir conteniendo el imaginario en el cual se desarrollaba.

También quedó demostrada una baja capacidad de adaptación política y económica a las grandes transformaciones del mundo contemporáneo (la mayoría de las cuales fueron impulsadas por la misma existencia de las orientaciones culturales propuestas).

Esta situación ha tenido como consecuencia que parte importante del pensamiento y práctica de izquierda se haya resignificado como una corriente que se refugia en las identidades del pasado y que crecientemente pierde su proyección del futuro. Inversamente, corrientes de derecha han desarrollado una fuerte perspectiva utópica, representándose como la encarnación del progreso y de la readaptación de la vida social a dicha orientación.

En esta situación el imaginario progresista, libertario y popular ha quedado parcialmente vacío de representación social y política, poniéndose a la defensiva y buscando protección, casi exclusivamente, en sus identidades históricas. Los grandes valores que sustentaron la constitución de estas identidades, que fundaron un poderoso sueño de igualdad y justicia, aparecen hoy amagados por su ineficiencia e incapacidad para dar una solución real a las necesidades de la gente. Esto a pesar de que en el presente aparece la **consolidación del privilegio** como el articulador de los nuevos órdenes, en todas las dimensiones de la vida social.

4. Más allá de la indispensable reinterpretación de los procesos en curso e independientemente de los contenidos ideológicos con los cuales se los quiere denotar aparece, sin embargo, una constatación difícil de refutar: el mundo está cada vez más integrado en el espacio económico y en el espacio de las comunicaciones. El mundo, en estos aspectos es, cada vez más, uno.

En muchos sentidos, esta integración aparece simultáneamente como símil de lo moderno y del mercado. Sin embargo, el hecho de que la universalización del mundo sea un dato, no resuelve hoy día el problema de lo nacional. Este tema crecientemente, se ubica en el terreno de lo cultural y sucedáneamente en el de lo político. Por esto, se asiste a un intenso proceso a nivel mundial en que, junto con la integración y universalización, hay, a la vez, un resurgimiento de **las historias de los pueblos**.

Más que al "fin de la historia", queda la sensación de que se asiste a una reapertura de la misma bajo la forma de historias de "pueblos olvidados", que durante un largo tiempo estuvieron congeladas por modelos de homogeneización de carácter estatal.

Lo paradójico es que a diferencia del pasado -lejano o reciente- ninguno de estos pueblos reemergentes reclama soberanía económica. No es este terreno precisamente en el cual se demanda identidad y autonomía. Es mucho más en el campo simbólico y en el de los derechos políticos donde se plantea un punto de partida del cuestionamiento del privilegio. Esto, más allá del carácter paroxístico y dramático que alcanzan las nuevas expresividades nacionales.

Así, frente a un mundo universal resurge la dimensión local como un espacio de la comunidad y de la seguridad. Se asiste a procesos que, pensados desde la situación de América Latina, exigen la reelaboración de los imaginarios colectivos nacionales y regionales de manera tal que puedan contener estos imaginarios más locales, sin negarlos, disolverlos ni reducirlos. Sólo contenerlos y rearticularlos.

5. El proceso de universalización tiene múltiples caras: Una de ellas es la reaparición de lo local. Otra es la de la integración segmentada. En efecto, a pesar de su carácter aparentemente homogeneizante en lo cultural y potencialmente igualadora en lo social, en la realidad es un proceso que implica una incorporación parcial de cada una de las sociedades que involucra. La idea de que se traspasan las fronteras nacionales y la imagen de su disolución ha ido acompañada, por lo menos en el caso de América Latina y Chile, por una acentuación de las fronteras internas. La mutación de los pobres, de virtuales sujetos sociales y ciudadanos individuales, a simples objetos de políticas localizadas, es una manifestación de esta remarcación de fronteras, que sólo se pueden traspasar al precio de una erosión de identidad y dignidad.

Integración y fronteras son dos conceptos mutuamente referidos. Entender lo que significa la frontera permite tener una idea de lo que implica la integración. También lo que potencia y posibilita. La integración es una superación de las fronteras, internas y externas, individuales y colectivas. Cuando hay integración se traspasan fronteras, se las rompe, se las transgrede, se pasa por encima de ellas.

Las fronteras de los países fueron materialmente definidas a partir de los procesos de constitución del Estado-nación. Esta definición fue precisamente uno de los ingredientes que animó este proceso de institución de identidades nacional-estatales. Anteriormente, sin embargo, las fronteras siempre existieron. Más que una línea material, eran un límite subjetivo. El límite con "el otro". Cercano pero desconocido, desconfiable. En realidad, "el otro" aparece como la encarnación de "lo otro", de lo ajeno,

portador de una incertidumbre en cuanto representaba no un sentido distinto, sino un sin sentido. Todo orden que no puede ser manejado y regularizado se presenta como un desorden. Todo orden que no es el propio aparece más allá de la frontera "del orden".

El concepto de frontera es pues el que permite poner el orden dentro de los límites de un tiempo y un espacio determinados y reconocidos. Permite clasificar y jerarquizar. Las fronteras encierran un conjunto de principios que jerarquizan mis propios límites. Los que tengo y los que pongo. Así ellos van constituyendo una identidad que contiene sus propias fronteras internas.

Las fronteras son materialmente reales en la medida en que son estatales; pero lo son sólo si representan la encarnación de un imaginario. Este es una amalgama actual del pasado y el futuro. Allí surge un concepto de tradición que trae parte de los escombros del pasado que están en la conciencia o en el imaginario de una época. Estos que se articulan y reelaboran en el presente. La tradición, en su expresión más pura y cerrada, asume las formas y contenido de un mito. Estos mitos son una suerte de condensaciones y recortes de imaginarios e identidades. En ese sentido, los mitos estatales y los mitos nacionales están destinados a actuar en el presente como unificadores de una identidad. También como principio de exclusión de aquellos que los cuestionan o ponen en duda. De cualquier manera, cada mito tiene múltiples lecturas, admite interpretaciones diversas, incluso contrapuestas. Son polivalentes, como toda experiencia social, a pesar de su estructura originaria supuestamente única.

6. Todos los países, pueblos y estados tienen mitos. El problema de la mediterraneidad de Bolivia, o el de la Revolución en México, por ejemplo, pueden ser enfocados como el caso de alguno de estos mitos. En Chile, el principal mito ha sido el Estado Portaliano. Así mientras el mito boliviano es la encarnación de la amputación, del fracaso, del despojo y de la imposibilidad, el mito del límite externo; en tanto el mexicano es la constatación de las virtualidades plebeyas que conjugan desorden, rebelión, justicia e institucionalización; el mito chileno es la encarnación del imaginario del triunfo permanente, del Estado invencible, de la ordenación desde arriba. Este Estado, si bien es una institución impersonal y civil, tiene como su columna vertebral un ejército que no ha perdido, ni pierde, ni perderá jamás ninguna guerra. Esa trayectoria de victorias es la que ha culminado en una "guerra interna" que nunca fue tal pero que así se postula. Lo interesante es que el origen de esa trayectoria también fue una guerra interna que, a la inversa, jamás se reconoció con esa denominación.

El mito del Estado Portaliano también admite múltiples lecturas. Por lo pronto, hay unas que enfatizan su carácter civil e institucional ante otras que privilegian su dimensión conservadora y autoritaria. En todo caso, ambas constatan su naturaleza oligárquica.

En la configuración temprana del Estado chileno, entre los muchos factores que concurren a su desarrollo, es clave la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana al mismo tiempo que, y más prolongadamente, la guerra interna que se sostiene para "pacificar" la Araucanía. Esa guerra silenciosa se extendió hasta más allá de la mitad del siglo XIX, coexistiendo con el esfuerzo por desarrollar instituciones en las cuales el poder civil era altamente significativo. De igual manera existe una incorporación paulatina al ethos colectivo de contenidos liberales.

A la confrontación del Pacífico, el ejército chileno llegó estructurado después de varias decenas de años de lucha contra la presencia indígena en el sur del país. Allí había una frontera tras la cual vivían, entre otras etnias originarias, los mapuches. La integración o superación de la frontera se hizo por medio de la guerra. El mapuche era el otro desconocido, dueño originario de estas tierras pero ajeno al orden que se instituía. Fue integrado a las fronteras materiales, pero puesto fuera del límite subjetivo de las mismas. El tema indígena, de acuerdo a la tradición liberal de la época, fue asociado a la idea de barbarie, de retraso, frente al proyecto civilizador en marcha. El mito nacional estatal tuvo así, originariamente, elementos racistas.

El ejército nacional que se estructuró inicialmente luchando por una frontera interna pudo, de alguna manera, expresar triunfante algunos elementos culturales de la misma lucha en una guerra externa -como la con Perú y Bolivia-. Paradójicamente, esta guerra externa permitió en un sentido gramsciano, un primer encuentro entre los contenidos de proyecto nacional-estatal y los de un proyecto nacional-popular que contenía una interesante combinación de conducción política civil y subordinación militar. Sólo que lo nacional-popular debe ser entendido como podía serlo en los años mil ochocientos setenta y nueve. En un sentido absolutamente restrictivo, con un contenido plebeyo limitado a unos cuantos centros urbanos.

La Guerra del Pacífico terminó siendo el primer y último gran proyecto nacional-popular chileno en el seno de una república oligárquica. Proyecto que culminó con un triunfo militar dirigido por civiles y que sufrió su gran derrota en 1891, con la caída de Balmaceda.

En este proceso, el Estado en forma se convertirá en un mito nacional indiscutido. De allí en adelante, y por muchos años, no habrá ningún otro intento, ni siquiera de parte de la izquierda, por romper los contenidos ideológicos que la visión hegemónica

de origen oligárquico le imprimió a ese mito. En él hay una retórica exaltatoria de la capacidad militar triunfal, profesional y subordinada a lo civil.

En este mito estatal, quizás una prolongación inconciente de la guerra contra los indios de adentro y de afuera, está permanentemente excluido el mundo rural popular. Sólo en 1964, con Frei, se quebrará esa frontera con la aparición del tema agrario como problema social asumido por el Estado. Hasta ese momento, el indio o el campesino no existen; jamás son protagonistas. Sólo representan el obscuro espacio de la subordinación con el riesgo de desorden, sin sentido e inseguridad: la frontera que expresa los límites internos. Esta se rompe cuando, entre el 64 y el 73, se extiende una fuerte plebeyización de la sociedad chilena. Sólo que ella se produce recubierta de contenidos teóricos, de proyectos refundacionales totales; que no significaron recuperaciones ni nuevas síntesis, sino que renovadas exclusiones de signos variopintos. El golpe es el que permite restablecer las cosas a su sentido excluyente originario mediante el modelo de un nuevo proyecto fundacional de pelaje conservador.

Nuevamente el mundo de la subordinación aparece simplemente como la expresión del peligro de desorden y caos, frente al cual es necesario establecer fronteras; límites internos y externos. Separar hacia adentro y hacia afuera lo nacional y lo antinacional. La segregación social e ideológica será la que recubrirá los viejos elementos discriminatorios.

7. El tema de las fronteras, en algunos de sus contenidos simbólicos más profundos, es entonces el que nos exige crear la necesidad de un ajuste de cuentas culturales de la sociedad chilena consigo misma, ajuste que debería ser hecho en una sociedad señorializada con la historia de los subordinados. No se trata ni de la idealización de la historia de la subordinación ni de la demonización de la historia de los dominantes. Tan sólo se trata de intentar una reintegración de ambas en la historia del país.

Si bien los plebeyos, por lo general, han tenido una participación activa en la democratización de Chile, siempre han estado marcados por el signo de la exclusión subjetiva de la historia y de la cultura, amén de las otras exclusiones. Han sido retóricamente incluidos (lo que no es poco ni pura "apariencia") sólo en la medida que no signifiquen una amenaza y se acojan a la estructura de la ideología dominante. Esto, en parte, ha sucedido con la clase obrera, que sólo es sujeto de integración cuando es institucional, normable, pensable dentro de las reglas de juego, dentro de límites y fronteras. Todo lo que es incierto es masa amorfa, aquella que no tiene estructura, organización ni clasificación. Por eso la gente en Chile está siempre encasillada políticamente. Es una forma de minimizar la incertidumbre. No

hacerlo implica no tener normas y hacer presente el temor de que estalle una sociedad carnavalizada que se fantasea a la vez que se repele. De allí que Chile sea una sociedad eminentemente clasificatoria, que no tiene carnavales y sí tiene muchas concentraciones políticas que sustituyen esa dimensión festiva (aunque la TV tienda también a erosionar a esta forma de expresividad).

En la anómala reflexión anterior está una de las claves del problema de la democratización y su proyección cultural hacia el futuro. La que tiene que ver con la modernización, la integración nacional y la secularización. Una afirmación inicial es que no hay modernidad sin secularización ni integración, y que esta última no es posible sin una estructura de valores públicos compartidos.

El tema cultural central que hoy se encuentra en disputa es el de los contenidos que le son atribuidos a la modernidad. Este es un punto central para el pensamiento de izquierda. No hay modernidad sin secularización. Los procesos de modernización puramente instrumentales que no incorporan una modernidad sustantiva son incapaces de asumir los contenidos de equidad que están en lo secular. La modernización instrumental tiende a profundizar y consolidar el privilegio al "naturalizar" los medios y los fines, confundiéndolos. Esto afecta la posibilidad misma del desarrollo de una cultura democrática.

Secularizar la historia es poder hablar con ella quitándole lo sagrado, lo natural, lo indiscutible, es decir, lo ideológico y lo mítico en sentido estricto. Ello, sin embargo, tiene costos importantes. Uno de éstos es aquel que alude a las formas de integración de la sociedad.

Cuando se erosiona lo mítico y no se lo reemplaza por otros núcleos valóricos, cuando se llega a la destrucción del núcleo sagrado de la sociedad, a su secularización; simultáneamente se afecta a su integración social, pues se destruyen algunos de los núcleos de identidad que le permiten ser comunidad. En una sociedad sin núcleos valóricos ni éticos; sagrados o seculares, amenaza el caos y la destrucción. Así también "cuando se habla de democracia, ésta supone un mundo de valores y no su anulación; supone un sistema de creencias que fermentan en la sociedad" (José Arico, Entrevista Agosto 1991).

Una propuesta de futuro que es posible sostener es que hay que reconstruir núcleos valóricos. Sólo que ahora éstos deberían ser núcleos pactados, seculares, producto básicamente de una elaboración cultural. En el caso de Chile, parece necesario reconstruir el espacio de la nación en que todos tengan cabida. Para ello no hay otro camino cultural que no sea el que parte desde conceptos como el de derechos humanos, respeto de las personas, igualdad de los individuos y de los ciudadanos, tolerancia de las diferencias. En fin, se trata de promover un

conjunto de valores que integran, en cuanto tienen que ver con la dignidad y la libertad de las personas y con el respeto a sus diversidades culturales, étnicas, sociales, sexuales, estéticas, religiosas.

El respeto "sagrado" a las libertades y derechos humanos e individuales implica el desarrollo de una utopía y una ética de la vida, la tolerancia, la solidaridad y la equidad. En el campo de las formas políticas aparece como sustantivo el concepto de ciudadanía que está vinculado con el individuo y que debe expresar una cultura ciudadana colectiva y competitivamente sostenida.

Si no hay desarrollo de la idea de individuo no lo hay del concepto de ciudadanía. El desafío no es fácil, pues se trata de sustentar un núcleo "sagrado" que permita rearmar el concepto de comunidad que exalte y respete a la vez la idea de individuo. En conclusión, se deben buscar nuevas formas de integración que no disuelvan la diferencia.

El problema es cómo sostenemos un concepto de individuo dentro de cierta noción de comunidad y cómo construimos comunidades que defiendan su identidad sin perder su capacidad de actuar con otros. Esta es una apuesta para la cual no hay recetas. Mucho más cuando caen las grandes edificaciones ideológicas tanto del liberalismo como del socialismo. El mercado, que ha sido prodigador y constructor de privilegios en el mundo capitalista, aparece asociado a las revoluciones contra el privilegio que se generan en los países del "socialismo real".

8. El proceso de democratización chileno ha significado un gran avance en la reinstitucionalización ciudadana, sin embargo, aún existe una inmensa masa de sectores excluidos cuyo imaginario, necesidades y demandas han perdido expresividad durante la etapa de transición, caracterizada por una fuerte elitización de la política. Esta elitización ha generado una falta de protagonismo social que se encuentra en la raíces de la despolitización que se observa. Las fuerzas de izquierda tradicional no tienen ninguna capacidad para expresar estas demandas de una forma que no sea la meramente defensiva. Por otra parte, la tendencia a la pragmatización de los fines ayuda a la pérdida del contenido social y ciudadano de la política, al distanciamiento entre las preocupaciones de los grupos dirigentes y las de la gente común, a la erosión de la voluntad participativa. En definitiva, al debilitamiento de la sociedad frente al Estado.

En este contexto, "la utopía es el recurso de los débiles. Cuando no se sabe como salir del paso se recurre a la utopía. Una cosa es la utopía y otra la dimensión proyectual del hombre. Creo que el hombre no puede pensarse sin una dimensión proyectual. Y si bien existe un mundo de fantasías y de sueños que es imposible controlar... sobre ese mundo de fantasías y necesidades se monta

una dimensión proyectual que está siempre limitada, porque tiene que ver con las cosas en términos de las categorías del pasado. Una utopía es una transfiguración del pasado, ese es un límite que tenemos para pensar. El exceso de discurso utópico liquida la posibilidad de amar lo posible; y sin una suerte de adhesión a lo posible, de búsqueda de lo posible, no podemos hacer de la política una dimensión humana... No puede existir ningún pensamiento que no se haga cargo del problema de la cotidianidad sufriente de la gente" (José Arico, Entrevista Agosto 1991).

9. En la actual coyuntura de la historia de nuestro país podría aventurarse como hipótesis la necesidad de una dimensión proyectual que se constituya en la principal impulsora de una propuesta destinada a la constitución de una sociedad abierta, solidaria, democrática y equitativa. Esta dimensión tendría que privilegiar como tarea la elaboración cultural y política para **resignificar la modernidad** con contenidos sustantivos. Sólo ellos pueden permitir el desarrollo de Chile como un país democrático, afirmado en su realidad local e inserto económica, cultural y socialmente en el mundo y, en lo interno, socialmente integrado. Democracia, desarrollo local, inserción internacional e integración interna aparecen como elementos históricos actuales de un universo valórico secular, cuyo centro es la equidad. Fundándolos se encuentra, como estructura elemental, el desarrollo de una dimensión ética en que el culto a la vida será el núcleo junto con la libertad, la solidaridad y el valor y gratuidad del servicio público. Este universo tendría que ser capaz de sustentar un conjunto de ideales que expresen, en las nuevas condiciones, el imaginario libertario y progresista de la sociedad.

10. Desde la particular perspectiva de la tradición de izquierda, su reelaboración cultural ante el siglo XXI, necesitará fundarse en una propuesta que parta de una ética secular, que entienda que la política es una dimensión central de la vida social, pero que, ni con mucho, es la única. Fuera de la política queda un excedente de realidad inmenso y significativo. A pesar de ello, la política es una actividad conforme a valores, históricamente constituidos, que permiten la realización de la vida pública como expresión solidaria del conjunto del país. Algunos de los valores que deberían sostener un proyecto novedoso, son la recreación de los viejos valores que se han manifestado históricamente en las luchas contra el privilegio y la exclusión. Otros son constituciones nuevas que nacen de las actuales condiciones de la vida contemporánea. Entre ellos pueden mencionarse el valor del derecho a la vida, de la paz, de la diversidad, la tolerancia social e individual, de la libertad, solidaridad, igualdad, justicia y del derecho a la felicidad pública y privada.

Estos valores se expresan en diferentes ideales públicos que incluyen, al menos, el de la modernidad sustantiva (que comprende racionalidades formales y sustantivas), de la integración social, secularidad, calidad de la vida, democracia y la soberanía popular, participación, autonomía social, del desarrollo sustentable, de la institucionalidad y del pluralismo.

Para impulsar estos ideales como un movimiento de la sociedad, no como un modelo de sociedad predeterminada, se debe buscar una nueva articulación entre las dimensiones privadas, estatales y públicas de la sociabilidad. Esta articulación implica usar como instrumentos la modernización de la política (deselitización), la transformación productiva, el desarrollo de un Estado solidario y regulador, el reconocimiento del mercado como uno de los instrumentos importantes de asignación de recursos, la profundización de la democracia representativa, la valorización de la dimensión local, la descentralización regional, la desconcentración política, la promoción de la creatividad cultural, la transformación educativa, la defensa del medio ambiente, el reconocimiento de las minorías, la valorización del ocio y del uso del tiempo libre, la austeridad social y el respeto a la soberanía nacional.

Santiago, Octubre de 1992.

Juan Enrique Vega